

MICHAEL KOHLHAAS.

Ginnevra D.



Image not found.

Capítulo 1

MICHAEL KOHLHAAS

En las orillas del Havel, a mediados del siglo dieciséis, vivía un vendedor de caballos, llamado Michael Kohlhaas. Era hijo de un maestro de escuela, y fue una de las personas más honestas, y al mismo tiempo una de las más terribles de su época. Hasta su trigésimo año, este hombre extraordinario podría haber pasado como un modelo de buen ciudadano. En un pueblo, que todavía lleva su nombre, tenía una granja, en la que, por medio de su negocio, se permitía vivir calladamente. Los hijos a quienes su esposa dio a luz, los crió en el temor de Dios a la honestidad y la industriosisidad; y no había ninguno entre sus vecinos que no hubiera sentido el beneficio de su bondad o su sentido de la justicia. En resumen, el mundo podría haber bendecido su memoria si no hubiera llevado una virtud a un extremo demasiado grande. El sentimiento de justicia lo convirtió en un ladrón y un asesino.

Una vez viajaba al extranjero, con una fila de caballos jóvenes, todos elegantes y bien alimentados, y estaba calculando cómo debería gastar los beneficios que esperaba obtener en los mercados, como un buen comerciante, apropiarse una parte para ganancias futuras y otra parte para el disfrute presente, cuando llegó al Elba, y se encontró, cerca de un castillo señorial en el dominio sajón, un peaje, que nunca había visto en este camino. Se detuvo de inmediato con sus caballos, mientras la lluvia caía, y llamó al colector, que pronto, con una cara avinagrada, se asomó por la ventana. El vendedor de caballos le pidió que abriera el paso.

—¿Qué nueva moda es esta? —preguntó, cuando, después de un tiempo considerable, el colector salió de su casa.

—Un privilegio de soberanía —fue su respuesta, mientras desbloqueaba la barrera—, concedida al Caballero Wenzel von Tronka.

—Entonces —dijo Kohlhaas—, Wenzel es el nombre del barón, ¿verdad? - y miró hacia el castillo, que, con sus relucientes almenas, se asomaba por encima del campo—. ¿Ha muerto el viejo amo?

—De una apoplejía —respondió el colector, mientras levantaba la barrera.

—¡Es una pena! —dijo Kohlhaas—. Era un anciano digno, que se deleitaba con las interacciones entre los hombres y ayudaba a los negocios cuando podía. Sí, una vez construyó una presa de piedra, porque una yegua mía se rompió la pierna más allá, donde el camino conduce al pueblo. Ahora,

¿cuánto es? —preguntó, y con dificultad sacó de su manto, que ondeó en el viento, el *groschen* requerido por el colector. —Sí, viejo —dijo, mientras el otro murmuraba, "date prisa", y maldecía el clima .- "Si el árbol del que se ha hecho esta barrera hubiera permanecido en el bosque, hubiera sido mejor para ambos de nosotros.

Habiendo pagado el dinero, habría seguido su viaje, pero apenas había pasado el tranque, oyó detrás de él una nueva voz que llamaba desde la torre:

—¡Eh, ahí, traficante de caballos! —Y vio que el castellano cerraba la ventana y corría hacia él. "¡Ahora, algo nuevo!", se dijo Kohlhaas para sí, deteniéndose con sus caballos. El castellano, abotonando un chaleco sobre su espacioso estómago, se acercó y, de pie ante la lluvia, le pidió su pasaporte. "¡Pasaporte!", gritó Kohlhaas; añadiendo, un poco desconcertado, que no tenía ninguno con él, que él supiera; pero que a él le gustaría que le dijeran qué clase de cosa era, ya que tal vez podría ser provisto de uno, a pesar de eso. El castellano, mirándolo con recelo, comentó que sin un permiso por escrito no se permitía que ningún vendedor de caballos, con caballos, pasara la frontera. El vendedor afirmó que había cruzado la frontera diecisiete veces en el transcurso de su vida sin ningún tipo de papel; que conocía perfectamente todos los privilegios señoriales que pertenecían a su negocio; que esto solo sería un error, y que, por lo tanto, esperaba que se le permitiera pensarlo; y, como su viaje era largo, no ser detenido más inútilmente. El castellano respondió que no escaparía por decimoctava vez; que el reglamento había aparecido recientemente, y que debía tomar un pasaporte aquí o regresar de donde había venido. El traficante de caballos, que comenzaba a sentirse malhumorado por estas exacciones ilegales, desmontó de su caballo, después de reflexionar un rato, y dijo que hablaría con el propio barón von Tronka. En consecuencia, subió al castillo, seguido por el castellano, que murmuró algo acerca de la rapacidad de los rascadores de dinero, y la utilidad de sangrarlos, y ambos, midiéndose unos a otros con sus miradas, entraron al salón.

El barón, en el momento, estaba bebiendo con algunos compañeros de juerga, y todos estaban celebrando con risotadas incesantes alguna broma, cuando Kohlhaas se acercó para expresar su agravio. El barón le preguntó qué quería, mientras los otros caballeros, mirando al extraño, se quedaron quietos; sin embargo, apenas había comenzado su pedido sobre los caballos, cuando toda la compañía exclamó: "¡Caballos! ¿Dónde están?" y corrieron a la ventana para verlos. Apenas habían puesto los ojos en el elegante lote cuando, por el movimiento del barón, descendieron al patio interior. La lluvia había cesado; castellano, alguacil y sirvientes, se reunieron alrededor, y todos inspeccionaron a los animales. Uno alabó el alazán con la mancha blanca en la frente, al otro le gustó el castaño, un tercero le dio una palmadita al moteado con manchas marrón, y estuvo de acuerdo en que los caballos eran como tantos ciervos, y que

ninguno otro mejor podría ser criado en el país. Kohlhaas, de buen humor, respondió que los caballos no eran mejores que los caballeros que deberían montarlos, y les pidió que hicieran una compra. El dueño del castillo, que estaba muy cautivado por el fuerte semental alazán, preguntó el precio, mientras que el alguacil lo presionó para que comprara un par de negros que él creía que podrían ser útiles en la propiedad; pero cuando el vendedor de caballos mencionó sus términos, los caballeros los encontraron demasiado altos, y el barón dijo que podría irse a la mesa redonda y encontrar al Rey Arturo si fijaba precios como estos. Kohlhaas, que vio que el castellano y el alguacil estaban susurrando entre ellos, mientras lanzaban miradas muy significativas a los negros, no dejó nada sin hacer, actuando como por un oscuro presentimiento, para obligarlos a tomar los caballos.

—Vea señor —le dijo al barón—, compré los negros por cinco y veinte coronas de oro, hace seis meses. Deme treinta y son tuyos.

Dos de los caballeros, que estaban cerca del barón, dijeron con toda claridad que los caballos valían la pena; pero el dueño pensó que debía comprar el alazán, mientras que se oponía a tomar a los negros, e hizo los preparativos para partir, cuando Kohlhaas, diciendo que concluirían un trato la próxima vez que pasara con sus caballos, se despidió del barón, y tomó la brida de su caballo para irse. En este momento, el castellano se adelantó y dijo que le había dicho que no podía viajar sin un pasaporte. Kohlhaas, dándose la vuelta, le preguntó al barón si este era realmente el caso, y agregó que esto sería la total destrucción de su negocio. El barón, algo confundido, respondió mientras se retiraba.

—Sí, Kohlhaas, debes tener un pase; habla de esto con el castellano y sigue tu camino. Kohlhaas le aseguró que no tenía la menor intención de evadir las normas que se pudieran aplicar al transporte de caballos, prometiendo, en su camino a través de Dresde, obtener un pase de la secretaría, y le rogó que, en esta ocasión, se le permitiera continuar, ya que no sabía nada de la requisa.

—Bien —dijo el barón, mientras la tormenta estallaba de nuevo y se sacudía contra sus delgadas extremidades—, deja ir al tipo. Vengan —le dijo a sus caballeros, y moviéndose, se dirigía al castillo. El castellano, sin embargo, se volteó hacia él y le dijo que Kohlhaas debía al menos dejar su promesa de que obtendría el pasaporte. El barón, ante esto, permaneció de pie junto a la puerta del castillo, mientras Kohlhaas preguntaba qué seguridad en dinero o en especie debía dejar a causa de los caballos negros. El alguacil murmuró que pensaba que los caballos mismos podrían ser dejados.

—Ciertamente —dijo el castellano—, ese es el mejor plan. Cuando tenga

el pase, puede llevárselos en cualquier momento.

Kohlhaas, asombrado por una proposición tan descarada, le dijo al barón, que temblaba y se sujetaba el chaleco con fuerza a su cuerpo, que le gustaría venderle los negros; pero este último, cuando una ráfaga de viento empujó a un mundo de lluvia a través del portón, exclamó, para abreviar el asunto: "¡Si no deja sus caballos echenlo por encima de la barrera otra vez!", y diciendo dejó el lugar. El vendedor de caballos, que vio que debía ceder el paso a la fuerza, resolvió, como no podía hacer de otra manera, cumplir con la petición, por lo que desenganchó a los negros y los condujo a un establo que el castellano le mostró, dejó un sirviente con ellos, le dio dinero, le dijo que cuidara a los negros hasta su regreso, y dudando si, debido a los avances hechos en la cría de caballos, tal vez no hubiera tal ley en Sajonia, siguió su camino a Leipzig con el resto de sus caballos, donde deseaba asistir a la feria.

Capítulo 2

Tan pronto como llegó a Dresden, donde, en uno de los suburbios tenía una casa con establos, acostumbrado a llevar a cabo su negocio desde allí con los mercados menores del país, fue a la secretaría y allí supo por los consejeros, algunos de los cuales él conocía, lo que había pensado al principio, es decir, que la historia sobre el pasaporte era una mera fábula. Los descontentos concejales, a petición de Kohlhaas, le dieron un certificado sobre la nulidad de la requisición, y él se rió de la broma del delgado barón, aunque no entendió exactamente el significado de la misma; y, después de haber vendido sus caballos a su satisfacción en pocas semanas, regresó a Tronkenburg sin ningún sentimiento de amargura más allá de los problemas generales del mundo.

El castellano, a quien le mostró el certificado, no dio ningún tipo de explicación, sino que simplemente dijo, en respuesta a la pregunta del vendedor de caballos, si podría tener los caballos de nuevo, que podía ir a buscarlos.

Ya, mientras cruzaba el patio, Kohlhaas escuchó la desagradable noticia de que su criado, a causa de una conducta impropia, según decían, había sido golpeado y despedido a pocos días después de que lo dejaran en Tronkenburg. Le preguntó al joven que le dio esta información, qué había hecho el criado y quién había atendido a los caballos mientras tanto. Respondió que no sabía y abrió el establo en el que los estaban guardando para el vendedor, cuyo corazón ya se hinchaba con oscuros recelos. Cuán grande fue su asombro cuando, en lugar de sus elegantes y bien alimentados alazanes negros, vio un par de criaturas flacas y agotadas, con huesos en los que se podrían haber colgado cosas, como en ganchos, y crines enredadas por falta de cuidado; en una palabra, una verdadera imagen de la miseria animal. Kohlhaas, ante quien los caballos relincharon con un ligero movimiento, se indignó en el más alto grado y preguntó qué les había sucedido a las criaturas. El sirviente contestó que no les había sucedido ninguna desgracia en particular, pero que, como había habido falta de ganado de tiro, se habían usado un poco en el campo. Kohlhaas maldijo este acto vergonzoso y preconcebido de poder arbitrario; pero, sintiendo su propia debilidad, reprimió su furia y, como no había nada más que hacer, se preparó para abandonar el nido del ladrón con sus caballos, cuando el castellano, atraído por la conversación, hizo su aparición, y le preguntó qué era lo que pasaba.

—¡Qué pasaba! —exclamó Kohlhaas—, ¿Con el permiso de quién el barón Von Tronka y su gente llevaron a trabajar al campo a los caballos que yo dejé?

Preguntó si esto era humanidad, intentó levantar a las bestias exhaustas

con un golpe con una vara, y le mostró que no podían moverse.

El castellano, después de haberlo mirado por un rato, dijo con insolencia:

—¡A ver! Vaya un payaso mal educado! ¿Por qué el hombre no le agradece a Dios que sus bestias sigan con vida?

Preguntó que de quién era el deber de cuidarlos cuando el chico se había escapado, y si no era justo que los caballos ganaran en los campos la comida que se les daba, y concluyó diciéndole que dejara de farfullar, o que llamaría a los perros, y así conseguir tranquilidad de alguna manera.

El corazón del vendedor de caballos latía fuertemente contra su chaleco, se sentía muy inclinado a lanzar la masa de grasa al lodo, y colocar el pie en su rostro descarado. Sin embargo, su sensación de lo correcto, que era tan precisa como una balanza de oro, vacilaba todavía; ante el tribunal de su propio corazón, aún no estaba seguro de si su adversario estaba equivocado; y, mientras se guardaba las afrentas, fue a sus caballos y alisó sus crines. Sopesando silenciosamente las circunstancias, preguntó, con voz apagada, por qué razón el sirviente había sido enviado lejos del castillo. El castellano respondió que era porque el bribón había sido descarado. Se había resistido al necesario cambio de establos y había esperado que los caballos de dos jóvenes nobles que habían llegado a Tronkenburg permanecieran fuera toda la noche en la carretera principal.

Kohlhaas habría dado el valor de los caballos para tener al sirviente a su lado, y haber comparado su declaración con la del jetudo castellano. Se detuvo un rato y suavizó los nudos de las crines, cavilando qué hacer en su situación, cuando de repente la escena cambió, y el Barón Von Tronka, con una hueste de caballeros, sirvientes y perros, que regresaban de una cacería de liebres entró al patio interior del castillo. Cuando el barón le preguntó qué había pasado, el castellano se preocupó por hablar primero; y, mientras los perros a la vista del extraño le ladraban por un lado, con la mayor furia y los caballeros del otro lado estaban tratando de silenciarlos, empezó, distorsionando el asunto tanto como fue posible, sobre la perturbación que el vendedor había creado, porque sus caballos habían sido utilizados un poco. Riendo desdeñosamente, añadió que se había negado a reconocerlos como propios.

—¡No son mis caballos, su excelencia! —gritó Kohlhaas— ¡Estos no son los caballos que valían treinta coronas de oro! Quiero a mis fuertes y bien alimentados caballos.

El barón, cuyo rostro se había puesto pálido por un momento, se apeó y dijo:

—Si el bribón no quiere llevarse sus caballos, entonces que los deje. ¡Ven Gunther, ven Hans! —gritó, mientras se sacudía el polvo de los calzones

con la mano—. Y, ea! ivino! —gritó, mientras cruzaba el umbral con los caballeros y entraba en su morada.

Kohlhaas dijo que preferiría enviar al desollador y hacer que les dieran un golpe en la cabeza a los caballos, que llevarlos en ese estado a su establo en Kohlhaasenbrück. Los dejó allí donde estaban, sin preocuparse más por ellos, y prometiendo que obtendría justicia, se trepó sobre su caballo marrón y se fue.

Acababa de partir a toda velocidad hacia Dresden, cuando, con la idea del sirviente, y ante la queja que se había hecho contra él en el castillo, comenzó a caminar lentamente, giró la cabeza de su caballo antes de haber recorrido mil pasos, y tomó el camino a Kohlhaasenbrück, para, de acuerdo con sus nociones de prudencia y justicia, escuchar primero el relato del sirviente sobre el asunto. Porque un sentimiento correcto, bien acostumbrado a los modos defectuosos del mundo, lo inclinaba, a pesar de las afrentas que había recibido, a pasar por alto la pérdida de sus caballos, como algo justo; si, de hecho, como el castellano había mantenido, podía demostrarse que su sirviente había estado equivocado. Por otro lado, un sentimiento igualmente honorable, que ganó terreno a medida que avanzaba, y escuchaba, donde sea que se detenía, los agravios que los viajeros tenían que soportar todos los días en Tronkenburg, se dijo que si todo el asunto era un ardid concertado - como, de hecho, parecía serlo - era su deber hacer todo lo posible para obtener satisfacción por las afrentas que había sufrido y para proteger a sus conciudadanos para el futuro.

Tan pronto como, a su llegada a Kohlhaasenbrück, abrazó a su buena esposa Lisbeth, y besó a sus hijos, que retozaban alrededor de sus rodillas, preguntó por su sirviente principal, Herse, y si se había sabido algo de él.

—Sí, mi querido Michael —dijo Lisbeth— y solo pensar que ese infortunado Herse vino aquí hace aproximadamente quince días, golpeado de la manera más bárbara, sí, tan golpeado, que apenas podía respirar. Lo llevamos a la cama, donde escupió mucha sangre y, en respuesta a nuestras repetidas preguntas, contó una historia que ninguno de nosotros pudo entender; cómo lo dejaste atrás en Tronkenburg con los caballos, a los que no se les permitió pasar, cómo fue él forzado, por el más vergonzoso abuso, a abandonar el castillo, y cómo no pudo llevarse los caballos con él.

—¡De veras! —exclamó Kohlhaas, quitándose el manto—. ¿Se ha recuperado ahora?

—Tolerablemente —respondió ella—, con la excepción de escupir sangre. Deseé inmediatamente enviar a un sirviente a Tronkenburg, para cuidar de los caballos hasta que llegaras allí, porque Herse siempre ha sido tan

honesto, en verdad, mucho más fiel a nosotros que cualquier otro, que nunca pensé en dudar de una afirmación apoyado por tantos signos evidentes de verdad, o de creer que había perdido los caballos de cualquier otra manera. Sin embargo, me suplicó que no, ya que no aconsejaba a nadie que se asomara a ese nido de bandidos, y que dejara los caballos, si no quería sacrificar a un ser humano.

—¿Todavía está en cama? —preguntó Kohlhaas, aflojándose el pañuelo.

—Durante los últimos días ha estado un poco en el patio —respondió ella—, en resumen, verás que todo es verdad, y que este asunto es una de las atrocidades que la gente de Tronkenburg ha perpetrado recientemente contra extraños.

—Eso debo investigarlo —dijo Kohlhaas—. Llámalo aquí, Lisbeth, si él está despierto. Con estas palabras se sentó, mientras que el ama de casa, que estaba contenta de verlo tan tolerante, fue a buscar al criado.

—¿Qué has estado haciendo en Tronkenburg? —preguntó Kohlhaas, mientras Lisbeth entraba a la habitación con él—. No estoy muy contento contigo.

El sirviente, en cuya pálida cara apareció una mancha de rojo ante estas palabras, guardó silencio por un momento, y luego dijo:

—Tiene razón, amo, porque arrojé al Elba un fósforo, que, por la providencia de Dios, tenía conmigo, para prender fuego al nido de bandidos, del cual fui echado, cuando escuché a un niño llorar dentro, y pensé para mí mismo: «El relámpago de Dios lo consuma, pero yo no lo haré.»

—Pero, ¿qué hiciste para ser echado de Tronkenburg? —preguntó Kohlhaas, muy impresionado.

—Fue a causa de un mal asunto, —dijo Herse, secándose el sudor de la frente—; pero no importa, «Lo que no puede curarse, debe soportarse.» No permití que los caballos se arruinaran con el trabajo de campo, y les dije que todavía eran jóvenes y que nunca los habían usado para el tiro.

Kohlhaas, tratando de ocultar la perturbación de su mente, observó que Herse no había dicho la verdad en este caso, ya que los caballos habían sido enjaezados unas pocas veces durante la primavera anterior.

—Como eras una especie de invitado en el castillo, es posible que los debieras ayudar una o dos veces, cuando se vieron obligados a obtener su cosecha lo más rápido que pudieron.

—Así lo hice, amo —respondió Herse—, pensé, cuando empezaron a hacer gestos torcidos, que no nos costarían los caballos, en todo caso. La tercera mañana los llevé también y traje tres cargas de maíz.

Kohlhaas, cuyo corazón se hinchó, fijó sus ojos en el suelo, y dijo:

—No me dijeron nada de eso, Herse.

El hombre, sin embargo, le aseguró que así era.

—Mi descortesía —dijo—, consistió en esto: que no permitía que a los caballos los pusieran en el tiro cuando apenas habían tomado su alimento al mediodía, y que cuando el castellano y el alguacil me dijeron que tomara forraje gratis, para quedarme con el dinero que me habían dado, les di una respuesta breve, giré sobre mis talones y me fui.

—Pero —dijo Kohlhaas—, no fue por esta descortesía que te echaron de Tronkenburg.

—¡Dios no lo quiera! —dijo el hombre—, fue a causa de una bribona injusticia. Porque en la noche, pusieron en el establo los caballos de dos caballeros, que habían venido a Tronkenburg, y los míos fueron atados a la puerta del establo. Y cuando le quité los caballos de la mano del castellano y le pregunté dónde los iban a poner, me mostró una pocilga, construida con tablas y listones contra la pared del castillo.

—Quieres decir —interrumpió Kohlhaas—, que era un lugar tan malo para los caballos, que era más como una porqueriza que como un establo.

—Quiero decir una porqueriza, amo —dijo Herse—, realmente y verdaderamente una porqueriza, donde los cerdos entraban y salían, y en la que yo no podía estar de pie.

—Quizás no había otro lugar para los caballos —observó Kohlhaas—, y los de los caballeros tenían, en cierta medida, la preferencia.

—El lugar —respondió el sirviente, bajando la voz—, estaba de hecho estrecho. Siete caballeros en total paraban en el castillo; pero si hubiera sido usted, habría puesto los caballos un poco más juntos. Dije que trataría de alquilar un establo en el pueblo, pero el castellano objetó que debía tener los caballos bajo sus propios ojos, y que no me aventurara a sacarlos del patio.

—¡Jum! —dijo Kohlhaas—, ¿qué hiciste entonces?

—Bueno, como el alguacil me dijo que los dos invitados solo pasarían la noche y se irían a la mañana siguiente, llevé a los caballos a la porqueriza. Pero el día siguiente pasó, y nada de eso tuvo lugar; y cuando llegó el

tercero, escuché que los visitantes permanecerían en el castillo por algunas semanas.

—Entonces, al final —dijo Kohlhaas—, no era tan malo en la porqueriza, como parecía, cuando primero la miraste.

—Es cierto —respondió Herse—, que cuando había barrido un poco el lugar, era pasable. Luego le di a la chica un groschen para que pusiera los cerdos en otro lugar, y durante el día, por lo menos, logré que los caballos se pararan en posición vertical, porque quitaba los tablones en la parte superior, cuando amanecía, y los ponía otra vez al atardecer. Echaban una mirada por el techo como tantos gansos, y miraban hacia Kohlhaasenbrück, o algún lugar en cualquier caso, donde estuvieran mejor.

—Pero entonces —dijo Kohlhaas—, ¿por qué demonios te echaron?

—Porque, amito —respondió el hombre—, querían deshacerse de mí; porque, mientras yo estuviese allí, no podrían arruinar a los caballos. En el patio y en la habitación de los sirvientes, siempre me hacían gestos feos, y porque yo pensaba «pueden torcer la boca, todo lo que quieran», lograron encontrar un pretexto y me sacaron del patio.

—Pero la razón —dijo Kohlhaas—, deben haber tenido alguna razón.